

La presencia filosófica de los animales en las obras de Michel de Montaigne y Jean Meslier

The philosophical presence of animals in the works of Michel de Montaigne and Jean Meslier

FEDERICO UANINI¹

Resumen: Nuestro artículo pretenderá exhibir cómo en las obras de Michel de Montaigne y Jean Meslier una reflexión sobre el ser humano y su vanidad conlleva un cambio en cómo entender a los animales como seres vivientes. Para ello, en un primer momento, daremos cuenta de una breve introducción sobre la representación de los animales en la filosofía destacando, en particular, su uso como figura argumental. En un segundo momento, nos centraremos en Montaigne para dar cuenta de la forma en la que los animales se presentan y cómo dicha exposición va ligada a un tema central de los ensayos: el problema de la vanidad humana. En tercer lugar, tomaremos la obra de Jean Meslier, *Memoria contra la religión*, y exhibiremos cómo la hipótesis materialista del cura ateo conlleva un cambio en la perspectiva del ser humano sobre sí mismo y, por lo tanto, sobre todo ser vivo que lo rodea.

Palabras clave: animales, Montaigne, *Los Ensayos*, Meslier, *Memoria contra la religión*.

Abstract: Our article will try to show how in the works of Michel de Montaigne and Jean Meslier a reflection on the human being and his vanity leads to a change in how to understand animals as living beings. To do so, we will first give a brief introduction on the representation of animals in philosophy, highlighting, in particular, their use as an argumentative figure. In a second moment, we will focus on Montaigne to give an account of the way in which animals are presented and how such an exposition is linked to a central theme of the essays: the problem of human vanity. Thirdly, we will take Jean Meslier's work, *Memoir against religion*, and show how the materialistic hypothesis of the atheist priest leads to a change in the human being's perspective on himself and, therefore, on every living being around him.

Key words: animals, Montaigne, The Essay, Meslier, Memoir against religion.

I. Introducción

La forma en la que nos vinculamos con los animales no ha sido la misma a lo largo de toda la historia. Si nos dirigimos, por ejemplo, a los presocráticos, podemos notar en sus fragmentos cómo los animales no eran considerados como una entidad que se contraponía al

Recibido: 23/09/2024. Aceptado: 14/12/2024.

¹ Licenciado y actualmente doctorando en Filosofía. Becario doctoral de CONICET y realiza sus investigaciones en el Instituto de Humanidades (UNC). Adscripto en las cátedras de Metafísica II y Filosofía Medieval de la Universidad Nacional de Córdoba (Argentina). Su línea de investigación está vinculada al estudio del pirronismo, en particular su recepción en la filosofía moderna y contemporánea. Actualmente se encuentra investigando la presencia pirrónica en Montaigne y su vínculo con el autoconocimiento. Forma parte del grupo de investigación "Actualizaciones del neopirronismo: el legado del escepticismo griego en la filosofía moderna y contemporánea". Publicaciones recientes: Uanini, F. (2024). Presencia pirrónica en Montaigne: Zétesis, buen uso del juicio y humanismo. En S. Di Tomaso, G. Reinoso, & F. Uanini (Eds.), *Neopirronismo clásico y contemporáneo. Discusiones en torno al legado escéptico* (pp. 29-37). Córdoba: CIFYH. Correo electrónico: fuanini@unc.edu.ar

ser humano como tal (Ragghianti, 2011). Aristóteles, incluso, define al ser humano a través de la atribución de una diferencia específica con el resto de los animales: el ser humano es un animal (*zoon*), pero provisto de lenguaje y capaz de una cierta vida política. El cisma ocurre con la aparición de las tradiciones judeo-cristianas, de fuerte cariz “zoófoba” (Ragghianti, 2011, 17), donde los animales serán vistos como aquello radicalmente diferente al hombre y que este puede emplear para motivos sacrificiales y para su sometimiento. Esto se potenciaría en los albores de la revolución industrial donde el animal tomará la forma que hoy le damos: una especie de “reserva de alimento vivo” (Macho, 2002, como se citó en Ragghianti, 2011).

Particularmente en la historia de la filosofía, la apelación a los animales como recurso argumentativo es un tópico clásico de la antigüedad que fue empleado por autores como Platón o Cicerón (Raga Rosaleny, 2012). Uno de los casos más famosos de estos tipos de razonamientos lo que podemos rastrear en la orientación pirrónica, en particular, en Sexto Empírico. En su obra *Esbozos Pirrónicos*, podemos encontrar una enumeración de tropos empleados para lograr la suspensión del juicio (HP I 31-35)² que puede llevarnos como por azar (HP I 29) a la preciada *epojé* o imperturbabilidad del alma. Entre esos tropos, de los cuales enumerará diez (HP I 36-37), Sexto comenzará dando cuenta del “según la diversidad de los animales” (HP I 36). Este tópico supone una estrategia argumentativa que pretende mostrar cómo los animales, en virtud de sus diferencias constitutivas, de órganos, etc., de cosas idénticas no reciben imágenes idénticas. Este planteo está orientado a problematizar la cuestión del criterio empleado para conocer: si diferentes animales perciben cosas diferentes a nosotros los humanos, ¿cómo sabemos que nuestra percepción es la correcta?, ¿pueden ser los sentidos una puerta de entrada a un conocimiento cierto si vemos cómo en el mundo animal aquellos muchas veces se hallan limitados frente al poder de otros seres vivos? El objetivo de este argumento será el de problematizar, como antes dijimos, la cuestión del criterio que empleamos para discernir y afirmar verdades sobre el mundo. Si bien no desarrollaremos aquí las conclusiones escépticas sobre el problema del criterio o el tropo de los animales, valga el ejemplo de Sexto para mostrar que estos seres vivos han tenido un lugar importante en la historia de la filosofía, pues su presencia perturba o pone en cuestión nuestras propias capacidades, en caso del ejemplo de Sexto, de conocer.

Sin embargo, en la modernidad temprana comienza a surgir otra forma de vincularse con los animales y, si bien el problema del conocimiento estará presente, lentamente dará paso

² Para las citas de los *Esbozos Pirrónicos* de Sexto Empírico emplearemos en adelante HP seguido de número romano indicado el libro y número arábigo señalando la línea. Utilizaremos en este trabajo la traducción de Antonio Gallego Cao y Teresa Muñoz Diego en la edición de la editorial Gredos del año 2017.

a un cuestionamiento del antropocentrismo que verá en la figura de los animales aquellas formas de vida o naturalezas que están muy próximas al ser humano, aunque este no esté dispuesto a reconocerlas como tal a causa de su propia vanidad: reconocer de otra manera al animal implicaría una resignificación del ser humano y su lugar en el mundo. Para dar cuenta de estos planteos, nuestro trabajo se centrará en la obra de dos pensadores franceses, Michel de Montaigne y Jean Meslier, y pretenderá exhibir cómo sus reflexiones críticas conllevan un cambio de enfoque en cómo ver a los animales, pues ambos, con sus matices, nos mostrarán una vanidad ligada a la forma en cómo el ser humano ve a los animales y a sí mismo. Para tal objetivo comenzaremos con Montaigne exhibiendo cómo su tarea de “pintarse a sí mismo” (como la expone en la advertencia preliminar conocida como *Al lector* que se encuentra al inicio de *Los Ensayos*) lo lleva a preguntarse por el lugar que las filosofías han dado al ser humano y, por lo tanto, a todo lo que a este rodea. Mostraremos cómo en el caso del pensador bordelés será un ejercicio de autoconocimiento lo que nos mostrará cómo no hay diferencia entre los animales y los seres humanos, y que es sólo la vanidad, enfermedad natural del hombre, lo que sostiene esa ficticia diferencia. Continuaremos con Jean Meslier quien, a través de sus críticas materialistas y políticas, nos devolverá una forma particular de entender a los animales pues, al igual que Montaigne, este cura ateo sostendrá que eliminadas ciertas filosofías del tablero, pierde el ser humano una vanidosa altura que se ha dado a sí mismo teniendo que encontrarse con el animal que es (Seoane, 2017).

II. Montaigne: una apología de los animales

Considerar la forma en cómo Montaigne recibe los interrogantes y preocupaciones de la antigüedad, en particular la presencia de los animales, implica entrar en un largo debate, aún irresuelto, sobre cómo entender la múltiple presencia de filosofías y actores históricos en su obra. Algunos autores aportaron argumentos tendientes a concebir que cada uno de los libros de *Los Ensayos* es un momento de la madurez intelectual de Montaigne que coincide con las tres grandes filosofías helenísticas más famosas: estoicismo, escepticismo pirrónico y epicureísmo (Villey, 1908, 1946). Otros apelan a entender la multiplicidad de filosofías en Montaigne como un gesto clásico de “eclecticismo” que busca ocultarse en sus interpretaciones porque, para cierta tradición filosófica, un pensador ecléctico no es un filósofo serio (Force, 2009)³. Pero sin entrar en disquisiciones interpretativas, en nuestro caso sólo diremos que los

³ Como un análisis sobre cómo el género ensayístico fue mal visto por la tradición filosófica y, por lo tanto, mal comprendido recomendamos también las reflexiones de Adorno en *Notas sobre literatura* (Adorno, 1962).

diferentes autores que hacen uso de los animales como tópico argumental tienen nutrida presencia en Montaigne: Platón, Sexto Empírico, Cicerón, entre otros, son los ejes de autoridad y compañerismo desde donde el francés procederá a redactar sus escritos. Toda esta pluralidad de perspectivas filosóficas, cuando de ejemplos de animales se trata, tiene su cenit en uno de sus ensayos más largos y, quizás, el más famoso: *Apología de Ramón Sibiuda* (II XII)⁴.

Este escrito, ubicado en el segundo libro de los ensayos, es el que mayor presencia escéptica posee y tiene su origen, según nos cuenta el autor, en un texto que Pierre Bunel recomienda a su padre, pues podría resultar útil para los tiempos que estaban viviendo (II XII 629), es decir, la crisis político-religiosa motivada por la Reforma⁵. Bunel opinaba que la “enfermedad” (*maladie*) (II XII 630, 482) de la Reforma derivaría en un ateísmo (entendido como no compartir las creencias del momento, o sea el cristianismo (Maia Nieto, 2012)) que pondría en peligro Francia. Contra Lutero, entonces, Bunel recomienda el libro de Ramón Sibiuda de quien apenas se sabe que fue profesor de artes y teología, rector en el Estudio General de Toulouse y autor de la *Theologia naturalis*, libro sobre el que girará el ensayo de Montaigne.

La apología del autor bordelés pretende salir en auxilio de Sibiuda, quien habría afirmado que mediante la razón se pueden confirmar los artículos de la fe (II XII 632). En términos estructurales, y por cuestiones ligadas a la finalidad de nuestro trabajo, podríamos diferenciar dos grandes momentos en este escrito que responden a dos críticas que le realizaron a Sibiuda y que Montaigne pretende responder. La primera objeción tiene su centro en el vínculo entre razón y fe, y enuncia que los cristianos se perjudican a sí mismos intentando responder con su capacidad racional lo que sólo obedece a la fe (II XII 632). La segunda crítica, y en la cual nos centraremos, es aquella que esgrime que los argumentos con los cuales Sibiuda intentó demostrar su punto son débiles para probar lo que sostiene (II XII 645). En este momento es cuando Montaigne hace gala de los recursos tomados de su lectura de Sexto Empírico (Villey, 1908; 1946) y replica varios tropos argumentativos de este autor, en particular

⁴ Para indicar las citas de *Los Ensayos* emplearemos de aquí en adelante la siguiente numeración: indicaremos en número romano el libro de *Los Ensayos* al cual pertenece el texto seleccionado, luego en romano el número de ensayo escogido, en arábigo la página de la edición de 1595 traducido al español por Jordi Bayod Brau de editorial Acantilado que consignamos al final del artículo. En caso de que se coloque algún fragmento en francés, a lo anterior se le agrega un número en arábigo que corresponde a la edición francesa de Albert Thibaudet para la editorial De la Pleiade cuyos datos también se consignan al final del trabajo.

⁵ Para un análisis del contexto de discusión en el que tiene lugar este ensayo recomendamos el trabajo de Maia Nieto (2012) en donde se consideran las posturas políticas en pugna en la Francia de Montaigne y su respectiva presencia en la argumentación del pensador bordelés.

el de los animales (Uanini, 2023b), colocándose en una postura filosófica que establece cierta proximidad entre seres humanos y animales.

Pero Montaigne también hace uso en este escrito de uno de sus autores más preciados, tal como lo dice en su ensayo *Los Libros* (II X). Nos referimos a Plutarco. Si bien ocurre con este autor algo similar a Sexto, es decir, hay una reapropiación de las historias que este relata sobre el comportamiento animal, Montaigne se aleja de la distancia que Plutarco establece entre seres humanos y animales para ponerlos en una condición de igualdad (Raga Rosaleny, 2012, 500). Montaigne llega a afirmar que los animales tienen lenguaje y sociedades organizadas (retomará el clásico ejemplo de la abeja) (II XII 655), e incluso criticará a quienes piensan que la naturaleza es una “madre injusta” (II XII 661) que da más protección y herramientas a animales que a humanos. Montaigne se protegerá de quienes pueden objetarle que los animales tendrán muchas facultades, pero no la capacidad de representarse lo verdadero y lo falso, al responder que si bien la razón es una gran facultad, también es fuente de males que nos oprimen como el pecado, la enfermedad, la desesperación y la turbación (II XII 667). E incluso rubricará su cercanía entre seres humanos y animales al afirmar que la misma razón que usamos como humanidad para actuar también la usan los animales (II XII 667).

Plutarco acompaña a Montaigne con sus ejemplos, pero se aleja en la conclusión: el hombre no está ni por encima ni por debajo de los animales (II XII 666). Mientras el primero sólo va a retomar un lugar común en la argumentación filosófica, el proyecto de Montaigne pondrá en juego una reflexión de tipo moral (Raga Rosaleny, 2012), pues la presencia de los animales tiene sentido en un momento argumentativo en el que Montaigne ataca uno de los grandes problemas que tratará en sus ensayos: la vanidad humana (II XII 646). Los animales no aparecen en el pensador de Burdeos como un mero ejercicio retórico, sino que su presencia es doble: retoma la tradición escéptica en su cariz crítica⁶ y lo hace en una cercanía que lo pone en consonancia con la impronta de su propio trabajo: el conocerse a sí mismo (*Al lector*). Si bien la *Apología de Ramón Sibiuda* ha sido visto, en general, como un texto escéptico que se limita a trabajar el vínculo entre fe y razón, lo cierto es que su potencia es mucho más rica y parte de lo que nos ofrece es una reflexión moral que nos coloca en un tomar consciencia de nosotros mismos y de los demás.

⁶ Tal vez motivado por la marcada impronta erosionante que los *Esbozos Pirrónicos* tuvieron en las primeras traducciones que Henri Estienne realizó en el siglo XVI (Basílico, 2012) y a las que Montaigne tuvo acceso.

En *L'animal que donc je suis* (2006), Jacques Derrida propuso que, mientras en la modernidad cartesiana el animal es visto como un otro ajeno al ser humano⁷, en Montaigne se avista otra tradición que merece ser revisitada (Llinás Begon, 2017). Partiendo de la conocida anécdota en donde el pensador bordelés comenta que su gata lo mira y no sabe si es él quien juega con su gata o al revés (II XII 655), Derrida destaca una diferencia con la forma moderna de entender a los animales, pues aquí Montaigne les reconoce algo más que un lenguaje: les reconoce una capacidad o poder de respuesta (Romero, 2020, 318). Montaigne no busca explicar el comportamiento animal o simplemente dar cuenta de la potencia de sus facultades, sino que su uso es moral y su finalidad es mostrar que la frontera entre el hombre y los animales no está clara (Llinás Begon, 2017). Estas implicancias, que conllevan una postura crítica del antropocentrismo, fueron uno de los motivos que motivaron la censura en sus ensayos por parte de los inquisidores de Roma (Ragghianti, 2011) y no es para menos, pues tal enfoque se vuelve muy problemático para una visión de mundo que necesita a un ser humano colocado como la joya de la creación y donde todo se somete a él.

Montaigne escribe que nos preferimos frente a los animales, no por reflexión, sino por orgullo (II XII 709), y que este orgullo no es otra cosa que un paradójico movimiento en donde sostenemos una mentira para no autohumillarnos. Ha sido la razón vanidosa quien nos ha colocado en lugares alejados de todo ser vivo, y cercanos a los dioses, y ha propuesto formas de vida que, partiendo de esa falsa imagen de nosotros mismos, se vuelven tanto obligatorias como imposibles de vivir. De allí la necesidad de desnudar al ser humano (II XII 716) para contrarrestar las enfermedades y padecimientos que la razón, la vanidad y la ciencia nos prestan (II XII 717). Este desprecio que sentimos contra nosotros mismos es a la vez ridículo, pues “se trata de nuestro propio ser” (II III 510), como preocupante, pues ese odio y desprecio se vuelve una enfermedad (*maladie*) (II III 510, 389) que puede llegar, incluso, a ser motivo de suicidio. Como lo explica en su ensayo sobre una *Costumbre de la isla de Ceos* (II III), los humanos llegamos a autodespreciarnos tanto que, cuando la Fortuna nos golpea con alguna situación contraria a esa imagen vanidosa que tenemos de nosotros mismos, podemos llegar a cometer muerte voluntaria.

⁷ Si bien durante gran parte de nuestro trabajo, en consonancia con Jean Meslier, desarrollaremos una crítica que coloca a Descartes como el causante de la separación entre seres humanos y animales en lo que respecta a ciertas cualidades como el sentir, estudios recientes ponen en tensión esta clásica imagen. Trabajos como el de Cottingham (1978) resultan iluminadores pues aportan una nueva perspectiva donde se exhibe que no habría evidencia suficiente en los textos de Descartes para sostener que él priva a los animales de sentimiento, lo que sí podría sostenerse es que los animales, a diferencia del ser humano, no tienen autoconsciencia.

El rechazo del ser humano como algo de sentido natural próximo a los animales también podemos encontrarlo en otros de sus escritos, como en el ensayo sobre *La fuerza de la imaginación*, en particular en el momento en el que Montaigne discute con la tesis agustiniana sobre la capacidad de la voluntad (I XX 118). Mientras San Agustín sostenía que, previo a la caída, el ser humano podía someter todo su cuerpo a sus propios designios, Montaigne tomará el problema de la impotencia sexual como un disparador para discutirle al santo que nuestra realidad corporal está muy alejada de su antropología sagrada y más cercana a procesos naturales que no necesitan nuestra completa atención (Navarro Reyes, 2005). La impotencia sexual sería el ejemplo de una realidad corporal ajena a todo control del ser humano, es decir, ligada a procesos naturales que escapan a su mandato, y es sobre ese cuerpo sobre el que el ser humano ejerce una nueva crueldad producto de una vanidad que le horroriza al saberse precario y natural. El enfoque de Montaigne tiende a

aceptar el propio cuerpo animal que, a diferencia del dualismo platónico o ciertas confesiones y doctrinas religiosas ... no sería fuente de *hybris*, sino, al contrario, un punto de anclaje y estabilidad frente a las divagaciones de un espíritu en libertad, presto a evanecerse o perderse (Raga Rosaleny, 2012, 502).

En definitiva, y valgan esos ejemplos de muestra, la propuesta de Montaigne se centra en la conocida pregunta por uno mismo, en un autoconocimiento que nos lleva a cuestionarnos y, por lo tanto, también a resignificar todo lo que nos rodea: cultura, política y, en este caso, animales. Los demás seres vivos son parte de un contexto de sentido que hemos evitado considerar en igualdad porque la vanidad humana necesita colocarnos por encima de todo. La pregunta por lo animal, para este pensador, no es sobre su comportamiento o facultades, sino que representa un cuestionamiento en la imagen que hemos tenido de nosotros mismos y que muchas veces ha nutrido modos de vida y filosofías que no han generado otra cosa más que sufrimiento (Navarro Reyes, 2004; Uanini, 2023a).

III. Meslier: un materialismo animal

En el caso de Meslier, a diferencia de la obra de Montaigne, su tarea no está centrada en sí mismo. De este cura ateo sólo poseemos dos obras: sus *Memoria contra la religión* y su *Anti-Fenelón*. En la primera de ellas, comenta que desde muy pequeño fueron claros para él los

errores y mentiras que causan problemas en el mundo, y que encuentra odiosa la falacia que destruye todo lo que de mejor puede tener el hombre, por lo que su obra póstuma tendrá como objetivo dar pruebas sobre los “vanos errores en los que hemos nacido y vivido” (Meslier, 2010, 7). Meslier, a diferencia de Montaigne, no es él mismo el objeto de su obra, más bien es su pueblo y el ser humano en sí mismo a quien pretenderá liberar de las mentiras, como veremos, de la religión y ciertas filosofías. En sus *Memoria* se pasa por cuestiones sociales, políticas y filosóficas, pero siempre con un proyecto en mente: en Meslier “hay una ética de la felicidad” (Onfray, 2010, 57), de la vida y sus pequeños goces (Seoane, 2017), que necesita la destrucción de los sistemas previos como la teología cristiana y el cartesianismo, a los que considera muy cercanos en sus postulados. Una ética que desea y quiere la cruz sólo puede estar fundada en las palabras de un “fanático miserable” (Meslier, 2010, 289) que condena como error y vicio tendencias que son naturales. Pero estas afirmaciones no se dan a la ligera, pues el trabajo de Meslier “no nació de la noche a la mañana, ni de una mente turbada por el odio” (Tizziani, 2018, 166-167); llevó su tiempo y, si bien se respira rabia en las *Memoria*, también se observa una gran paciencia para dar cuenta de las injusticias que se denuncian, de una pedagogía que busca hacer justicia por “las lágrimas de tantos justos afligidos, y las miserias de tanta buena gente oprimida por los malvados ricos y por los poderosos de la Tierra” (Meslier, 2010, 8).

Para su tarea, Meslier estructura su voluminosa obra en ocho pruebas: las cuatro primeras desacralizan la Biblia, la quinta y sexta tratan de los problemas sociales y políticos, y las últimas dos son la parte metafísica en donde Meslier pretende sustituir un sistema teológico por un enfoque materialista (Seoane, 2017). Si bien la obra de este cura ateo amerita muchas consideraciones, pues los temas que trata son variados y profundos, aquí nos centraremos en sus consideraciones materialistas, pues desde ellas Meslier propone una resignificación no sólo de la naturaleza, sino también del ser humano y su vínculo con los demás seres que lo rodean.

La propuesta materialista de este cura ateo ocupa un lugar central en sus planteos pues, como el mismo enuncia al inicio de su séptima prueba, todos los abusos que denuncia “están fundados solamente en la creencia y el convencimiento u opinión de que hay dioses o, al menos, de que hay un Dios” (Meslier, 2010, 382). Si se demuestra que Dios no existe y que todo puede ser explicado en términos materiales, la autoridad del poder que subyuga a campesinos también cae al residir su núcleo en una visión teológica plétorica de vicios y errores. En su intento por destronar a Dios y a los príncipes de su lugar, Meslier pone su foco “sobre la *vanidad* y falsedad de las religiones que vemos en el mundo” (Meslier, 2010, 382).

Para el desarrollo de su empresa, Meslier no contaba con muchos libros en su biblioteca. Si bien superaba los que un clérigo rural poseía, su biblioteca no reunía más de medio centenar

de obras (Tizziani, 2016, 361). Montaigne se encuentra entre los autores que Meslier consultaba y quienes empleaba para dar fuerza a sus consideraciones. Sin embargo, el enfoque de Montaigne no es respetado por Meslier quien, mediante diversas operaciones, resignifica el texto del pensador bordelés para sus propios usos (Tizziani, 2016). Sumado a esto, la forma en cómo Montaigne considera al vínculo entre seres humanos y animales no es uno de los puntos que el cura ateo toma del pensador bordelés, al menos de forma explícita. En ambos casos, si bien sus conclusiones serán en cierto sentido similares, proceden de premisas diferentes: en el caso de Montaigne, de un análisis de la vanidad humana promovida por un autoconocimiento; en el caso de Meslier, de una conclusión ética derivada de su hipótesis materialista. Y es sobre este punto que diremos algunas palabras para entender cómo un universo donde todo es material implica un ser humano que debe reconocer su propia animalidad.

Entre las obras que Meslier emplea, además de Montaigne, se destaca la *Démonstration de l'existence de Dieu* del arzobispo de Cambrai, François de Salignac de la Mothe, también conocido como François Fénelon. Ese texto le permitió ponerse al día en los debates teológicos, a la vez que funcionó como “terreno de prueba” (*testing ground*) (Mori, 2021, 145) para poner su ingenio en contra de las dos estrategias argumentativas principales de la modernidad temprana: el argumento del diseño y la definición de Dios como un ser infinitamente perfecto.

El primer paso de Meslier en su lucha materialista es mostrar que “la creencia en la existencia de Dios, o el convencimiento de que existe algo llamado Dios, no es cosa que haya sido aceptada ni siempre ni universalmente” (Meslier, 2010, 383), y para ello usa a la tradición contra la tradición misma. Comienza aquí una enumeración de sabios y filósofos como Platón, Aristóteles, Sócrates que acuden en su ayuda. Coronando esa apelación a la autoridad, Meslier emplea su ironía mordaz para escribir que lo registrado en esos célebres personajes también es compartido por “los poderosos de la Tierra y los sabios seculares” (Meslier, 2010, 384), quienes muestran diariamente tal apego a los bienes terrenales y tal desprecio por la religión que en su conducta Dios no parece estar muy presente, ni considerada su existencia.

En un segundo momento, Meslier continúa su argumentación materialista intentando desarticular el argumento del diseño que presenta Fénelon. Se abren aquí dos frentes: por un lado, la tesis de quienes afirman que las perfecciones que notamos en la naturaleza son obras de un creador y, por el otro, la postura de quienes piensan que esas cualidades no son muestra de la sabiduría de ningún Dios, sino sólo es algo propio de la naturaleza (Tizziani, 2022). El argumento de Meslier se inclinará por mostrar que “el supuesto ser infinitamente perfecto que los deícolos llaman Dios no es más que un ser imaginario que no se ve ni se encuentra en ninguna parte” (Meslier, 2010, 397). El cura ateo concluye en que es más razonable atribuir

todas esas perfecciones al mundo mismo y no a un ser perfecto “que no se ve ni se encuentra en ninguna parte y que, por consiguiente, es en sí mismo muy dudoso e incierto” (Meslier, 2010, 397). Meslier refrenda sus planteos haciendo hincapié en las contradicciones y dificultades casi inexplicables que genera una postura como la de Fénelon o el cristianismo.

Contra todo esto, Meslier va a concluir que la hipótesis materialista “no contiene contradicción ni causa repugnancia alguna” (Meslier, 2010, 401) pues se sustenta en tres principios que no resultan incompatibles para la razón: “1) que la materia es eterna, 2) que es lo que es por sí misma, y 3) que posee por sí misma el movimiento” (Tizziani, 2022, 214). Meslier usará a Malebranche contra Fénelon, afirmando la autonomía de la materia y de sus leyes (Mori, 2021, 146) frente a las hipótesis de un Dios que deba ser garante de esa sustentabilidad. Meslier situará a las leyes físicas en un esquema similar a las de la lógica, las que no dependen de ningún arbitrio para ser como son. No necesitamos, entonces, a Dios y su presencia como garante de ninguna ley, ni tampoco las perfecciones en la naturaleza necesitan de semejante ser todopoderoso. La conclusión de Meslier es que todo puede ser entendido en términos de una naturaleza: se trata de un materialismo ateo⁸ en el que “la materia se auto-regula sin tomarnos en cuenta y dentro de ella no hay sino diferencias de grado por lo que no somos sus seres queridos” (Seoane, 2017, 203). Las ideas de los *deícolos*, para Meslier, no han servido más que de artimaña para obtener un provecho de la credulidad humana (Tizziani, 2022, 223), pues teniendo al *bons sens* de juez, la hipótesis materialista se muestra más razonable que las quimeras de cristianos y cartesianos.

Ahora bien, con esta tesis materialista no sólo se descoloca la posición del poder político y religioso, pues si Dios no existe, el poder que en él se sustenta queda sin punto de apoyo, también el ser humano mismo sale de su privilegiado centro otorgado por la teología cristiana y la filosofía cartesiana. La hipótesis materialista propone una unidad del ser que impide considerar el mundo bajo jerarquías, a diferencia del pensamiento cristiano que estructuraba una visión dualista sobre la realidad (Onfray, 2010, 73-74). Y es aquí donde la figura del animal toma otra dimensión pues, si los animales son sólo materia, el ser humano también lo es. El mismo Meslier lo enuncia cuando se refiere, al final de su *Memoria*, a seres humanos y animales como “esos seres hechos de materia, quienes piensan, conocen y sienten” (Meslier, 2010, 647). No hay separación alguna entre los seres vivos: “la vida corporal, es decir, la vida de los hombres, animales y plantas, no es más que una especie de modificación y fermentación

⁸ Por motivos de la extensión de nuestro trabajo no desarrollaremos la refutación de Meslier a la idea de Dios como un ser infinitamente perfecto que enunciamos junto al argumento del diseño. Para el desarrollo de tal demostración recomendamos el trabajo de Mori (Mori, 2021, 149-154).

continua de su ser”⁹ (Meslier, 2010, 646). No existe un abismo ontológico entre animales y seres humanos, sino que su distancia es sólo de grado. Así como la crítica metafísica a la teología de los *deícolos* conlleva una destrucción del poder que ostentan los señores y los obispos sobre los campesinos, también este nuevo materialismo implica una reformulación en la forma en cómo tenemos que tratar a los animales. La crítica de Meslier es sobre el poder del hombre sobre el hombre, pero también del hombre sobre los animales. Meslier será un filósofo que aporte dignidad a unos seres invisibilizados por una tradición cartesiana que también es la cristiana:

los cartesianos hacen manifiestamente el ridículo cuando, amparándose en un pretexto tan huero y una razón tan frívola, aseguran que los animales no pueden conocer ni sentir, por lo que comen sin placer, gritan sin sentir dolor, no conocen nada, no desean nada y no temen nada. Sin embargo, parece más bien que ocurre lo contrario. Vemos que la naturaleza les ha proporcionado patas para andar, y andan. Les ha dado boca y dientes para comer, y comen. Les ha dado ojos para poder guiarse, y se guían. ¿Les habría dado ojos para poder guiarse y habría hecho que no pudieran ver? ¿Les habría dado oídos para oír y habría hecho que no pudieran oír? ¿Les habría dado boca para pudieran comer y les habría privado de saborear lo que comen? ¿Les habría dado un cerebro con sus fibras y sus espíritus animales para que no puedan conocer ni pensar? ¿Les habría dado una carne viviente para que no sientan nada y no puedan tener placer ni dolor? ¡Qué fantasía! ¡Vaya quimera! ¡Menuda locura intentar convencerse de ello alegando razones y pretextos tan vanos! (Meslier, 2010, 647-648).

Meslier le reconocerá a los animales lo mismo que nosotros consideramos privativo del ser humano: lenguaje, sentimientos, ternura, organización, etc. (Meslier, 2010, 648). Advierte en esa identificación que sufren y padecen del mismo modo en que nosotros padecemos y que, por lo tanto, así como es abyecto el trato que tiene el señor con el campesino, así es el trato que el ser humano, producto de la tradición *deícola*, tiene con los animales: “¿No veis que gritan cuando les pegan y que huyen cuando se les amenaza, se les persigue o se les golpea violentamente?” (Meslier, 2010, 648). Si el animal sufre como un humano, ¿qué separa su sufrimiento del de un hermano nuestro? El cura ateo muchas veces reconoce el lazo entre seres humanos y animales desde la ternura y el amor, ajeno a la fría consideración de la tradición cartesiana. Mientras critica a los cartesianos, escribe: “Decidles a esos mismos campesinos o a otros congéneres suyos que sus perros carecen de vida y de capacidad de sentir, que no conocen

⁹ El concepto de “fermentación del ser” es empleado varias veces por Meslier como recurso explicativo en su hipótesis materialista y, si bien llega a decir que se refiere a “formas y modificaciones de la materia” (Meslier, 2010, 620), no resulta del todo claro qué quiere decir con tal enunciado (Onfray, 2010, 82).

a sus amos, que los siguen sin verlos, los acarician sin quererlos” (Meslier, 2010, 650). La piedad que sentimos ante ellos, el amor que les profesamos y nos profesan es prueba viva de que el vínculo entre animales y seres humanos no es el de un *cogito* y una máquina, sino el de compañeros aunados ahora por ser ambos partes de una misma naturaleza. La ontología *deícola* no sólo es errónea para Meslier, sino que “tiende a ahogar en el corazón del hombre cualquier sentimiento de dulzura, bondad y compasión que pudiera sentir por los animales. Lo que me parece una consecuencia odiosa y muy perjudicial hacia los pobres animales” (Meslier, 2010, 652).

El animal, entonces, es un punto de contacto en Meslier (y no el único) donde exhibida la vanidad de las filosofías y la teología cristiana, es necesario una resignificación del ser humano en todo el mundo. En Meslier, al igual que en Montaigne, el ser humano pierde su vanagloria y el animal adquiere dignidad al reconocer que como seres humanos no somos más que animales (Seoane, 2017, 203). Esta naturalización del ser humano lo coloca, entonces, en un nuevo enfoque ético donde aquellas “dulces inclinaciones de la naturaleza” (Meslier, 2010, 289) que son las pasiones no deben calumniarse, sino que deben ser consideradas como parte de una vida feliz. Sin embargo, esto no implica que el cura ateo abogue por un libertinaje de cariz cínico: Meslier mismo se expresa contra todo exceso y propone, por ejemplo, atenerse a las costumbres del país donde uno se encuentra (Meslier, 2010). Este cura, ateo y sensato en partes iguales, entiende que la figura del ser humano sufre un cambio radical en cómo era comprendido hasta el momento, y su planteo no busca sino hacer justicia a los padecimientos ejercidos no sólo por el poder político y eclesiástico sino, al igual que Montaigne, hacer justicia a las penosas vidas que, nutridas por esas erróneas filosofías, no pudieron comprender que el lazo entre animales y seres humanos encubre la forma en cómo los seres humanos se ven a sí mismos. Al igual que Montaigne, la vanidad de la teología ha condenado a los hombres a una vida injusta. La tarea del porvenir, para este cura ateo, es educar en la liberación de sabernos igual que los animales, es decir, plenamente naturales.

Conclusión

En nuestro trabajo exhibimos la crítica que Michel de Montaigne y Jean Meslier realizan a la filosofía, y en algunos casos a la religión, por haber colocado a los animales en un nivel

inferior a la especie humana. Expusimos también que dicha crítica se centra en la vanidad humana y como esta termina justificando posturas intelectuales de superioridad que, bajo un análisis crítico, quedan huérfanas de sustento. La falsa imagen que el ser humano tiene de sí mismo fue la causante para estos autores de sus equivocadas reflexiones sobre los seres que lo rodean, llegando incluso a justificar matanzas y crueldades que bajo esta nueva óptica crítica se resignifican en problemas éticos. En este sentido, tanto Montaigne como Meslier mostrarían simpatía con los actuales debates sobre la crueldad animal y sus escritos van un paso adelante en la actual tarea de asignarles a dichos seres no humanos capacidades de agencias, razón y sentimientos. Si bien las investigaciones actuales van en esa línea, las consideraciones críticas de Montaigne y Meslier parecen servir como meta reflexión sobre el por qué recién ahora estamos considerando a otros seres con dignidades como la humana: tal vez, incluso en tiempos contemporáneos, la vanidad no ha dejado de sostenerse en la cultura humana.

Sumado a esto, mostramos también cómo lo expresado sobre el trato que tenemos con los animales va de la mano con la dimensión política del propio ser humano quien no sólo se muestra feroz con las especies que considera por debajo suyo, sino que tampoco se priva de ejercer la crueldad sobre su misma especie. Así, por ejemplo, Montaigne llega a escribir en un ensayo titulado *La crueldad* (II XI) que el salvajismo hacia los animales es un reflejo de la brutalidad que tenemos entre nosotros como seres humanos. Lo que se abre aquí no es sólo una reflexión de tinte política, sino también una cierta ética del cuidado pues para el pensador bordelés, pero también para Meslier, eliminada la vanidad y aceptándonos como seres plenamente naturales se gesta una nueva tarea de cuidado que trasciende a los animales y se extiende a toda la naturaleza, incluido plantas y demás árboles (II XI 626).

Referencias:

- Adorno, T. W. (1962). *Notas de literatura* (pp. 11-36). Barcelona: Ariel.
- Basilico, B. (2012). Marin Mersenne, Henri Estienne y el redescubrimiento de las Hipotiposis Pirrónicas de Sexto Empírico. En *Tradición clásica y Filosofía moderna* (pp. 71-86). Editorial UNL.
- Derrida, J. (2006). *L'animal que donc je suis*. París: Galiléé.
- Force, P. (2009). Montaigne and the coherence of eclecticism. *Journal of the history of ideas*, 4, 523-544.
- Llinás Begon, J. L. (2017). La cuestión animal y el gobierno de sí. Montaigne, Descartes y Derrida. *Ingenium. Revista Electrónica de Pensamiento Moderno y Metodología en Historia de las Ideas*, 11, 87-102.
- Maia Nieto, J. R. (2012). O contexto religioso-político da contraposição entre pirronismo e academia na «Apologia de Raymond Sebond». *KRITERION*, 126, 351-374.
- Meslier, J. (2010). *Memoria contra la religión*. Navarra:Laetoli.

- Mori, G. (2021). Meslier and the Cartesians. En *Early modern atheism from Spinoza to d'Hilbach* (pp. 139-154). Liverpool University Press.
- Navarro Reyes, J. (2004). El problema del dolor en Montaigne: De la apatía a la indolencia. En *III Jornada de Medicina y Filosofía* (pp. 193-207). Kronos editores.
- Navarro Reyes, J. (2005). *La extrañeza de sí mismo. Identidad y alteridad en Michel de Montaigne*. España: Fénix.
- Onfray, M. (2010). *Los ultra de las Luces. Contra historia de la filosofía.: Vol. IV*. España: Anagrama.
- Raga Rosaleny, V. (2012). Inteligencia y virtud corporales. Montaigne y los discursos sobre los animales de la antigüedad. *Thémata. Revista de Filosofía*, 46, 497-503.
- Ragghianti, R. (2011). Montaigne y el elogio de los animales. *Estudios de Filosofía Práctica e Historia de las Ideas*, 13, 17-24.
- Romero, G. (2020). La llamada desgarradora del animal: Entre Montaigne y Cioran. *Revista Latinoamericana de Estudios Críticos Animales*, 7(1), 316-332.
- Seoane, J. (2017). Filosofar desde la rabia. Una introducción a la filosofía de Jean Meslier. *Ingenium. Revista Electrónica de Pensamiento Moderno y Metodología en Historia de las Ideas*, 11, 193-209.
- Tizziani, M. (2016). La lectura como reescritura. Montaigne, Meslier, los Essais y la Mémoire. En *Actas del Tercer Simposio de Filosofía Moderna* (pp. 360-368). Editorial de la Universidad Nacional de Rosario.
- Tizziani, M. (2018). El camino de la duda: De la incredulidad de Montaigne a la irreligión de Meslier. *Revista latinoamericana de Filosofía*, 44(5), 155-179.
- Tizziani, M. (2022). Ni pirrónico ni creacionista; materialista y revolucionario. Filosofía natural y política en la Mémoire de Jean Meslier. *Revista colombiana de Filosofía de las Ciencias*, 22, 203-233.
- Toulmin, S. (2001). *Cosmopolis. El trasfondo de la modernidad*. Barcelona: Península.
- Uanini, F. (2023a). La filosofía como construcción de sí: La práctica de la Diversión en Michel de Montaigne. *Nuevo Pensamiento*, 13(21), 216-232.
- Uanini, F. (2023b). Montaigne y los elementos pirrónicos: Una lectura ecléctica y médica de la Apología de Raimundo Sibiuda. *Estudios de Filosofía Práctica e Historia de las Ideas*, 26, 1-13.
- Villey, P. (1908). *Les Sources et L'Evolution des Essais de Montaigne: Vol. I*. París: Hachette.
- Villey, P. (1946). *Les Essais de Montaigne*. París: SFELT.